

TORQUEMADA, UN USURERO ATIPICO

Dimitri Radulian

El tipo del usurero tiene en la Literatura una tradición muy larga. La usura implicó para la mayoría de los autores y parecidos personajes también la avaricia. En la mayoría de los casos, la codicia que amasaba el dinero tenía casi obligatoriamente que desembocar en el afán de guardarlo todo para sí mismo.

Una actitud contrapuesta sería la del que lo amasa todo mediante la usura para poderlo después derrochar. Los dos extremos constituyen casos pero el primero fue el que más frecuentemente pareció darse en la vida o el que más explicable pareció para el creador literario. Nadie hasta la fecha pensó escribir sobre el caso del pícaro que en Habsburgo encendió la leña en la chimenea para Carlos V con los recibos que tenían la firma de éste. La tipología literaria del caso resultó muy pobre y siempre se insistió en el lado negro de estas consecuencias. No es que queramos hablar de altas cualidades implicadas por la usura sino tratar de notar hasta donde puede alterar dicho oficio a una persona.

La usura es, a fin de cuentas, un oficio aborrecido por una aplastante mayoría pero, sin embargo, un oficio que hace al que lo practica correr lo que puede llamarse riesgos profesionales que van hasta la pérdida de la calidad humana. También es posible la aseveración recíproca, a saber: que la pérdida de toda calidad humana puede hacerle a uno practicar la usura. Pero ¿por qué la usura especialmente y no otro oficio? Eso es algo que no viene al caso. Lo que nos importa, volvemos a decirlo, es en qué medida esto hace que una persona se manifieste tan unilateralmente.

Hasta el pasado siglo, el usurero era el personaje que casi siempre se confundía con el avaro, porque éste último siempre practicaba, más o menos, la usura. De este modo el decir avaro y usurero era lo mismo y las deformaciones causadas por la avaricia eran casi siempre señal de la profesión de usurero, como en Harpagon de Molière, por ejemplo. La deshumanización del personaje iba hasta la pérdida total de los sentimientos que caracterizan a una persona. El de familia, el de justicia y justedad, el del amor al prójimo, hasta la pérdida de todo atributo humano.

A veces, dichos sentimientos se transferían sobre el dinero, como en el caso de Harpagon quien concluye diciendo que está esperando ansiosamente volver a ver a su amado dinero.

Más tarde, en Balzac por ejemplo, el tío Grandet, indiferente ante la muerte lenta de su esposa, sólo se espanta ante el posible suicidio de su hija pero no por ello deja de castigarla cruelmente.

En la literatura española basta con mentar los escritos de Quevedo en los que el usurero aparece convertido en un fante, en una caricatura. Con Galdós comienzan a plantearse de nuevo los grandes problemas de la creación literaria. Admirador de Cervantes y Quevedo, Galdós retoma algunas veces ideas literarias de éstos pero nunca se convirtió de admirador en imitador. La mirada precisa de buen observador le hace notar los cambios profundos experimentados por la España de su tiempo. La desorientación casi general le hace pensar en una relativización de los valores en todos los planos hasta el punto de que ya no hay nada rotundamente bueno ni malo. Eso refleja no solamente en el plano ideático sino también en el de la técnica.

Claro que esta actitud suya evolucionó no siempre ni conscientemente en la prosa. Por eso el Torquemada galdosiano no habrá de resultar un personaje tan monofacético como lo fueron sus antecesores literarios. En el caso de Torquemada, el autor procedía de una manera que, más tarde, en la crítica española habría de llamarse perspectivismo.

Entre *Torquemada en la Hoguera* y la trilogía las diferencias son notables, pero las tiene no solamente el personaje sino también la actitud para con el personaje. Como usurero, Torquemada tiene la necesaria avaricia. En ese sentido, las revelaciones de la tía Roma nos demuestran ya la existencia de un individuo despótico que obligó a su mujer a pasar hambre. Además, el miedo de los inquilinos que no tenían el dinero semanal, así como los comentarios de Galdós, demuestran la existencia de un hombre que ya no tenía la mínima comprensión para con nadie. Es el avaro deshumanizado llamado el peor para quien no cuenta ya nada sino el dinero. Sin embargo, en la misma primera novela nos enteramos de que, después de haber salido adelante con la fortuna de su mujer, la otra hormiga feroz como la llama Galdós, dan ciertas muestras de lujo y variedad en la manera de vestirse. Eso quiere decir que ya no se trata del avaro sórdido sino del que ya quiere vestirse en una sociedad tal como cree que le conviene, tal como la comprende.

El amor a la esposa no sabemos cuán profundo podía ser, pero sí sabemos de qué transigía. El usurero que lo hace todo por sus intereses en este caso transige, aunque se trata de un lujo, el de Doña Ciria. *Torquemada en la Hoguera* menos y la trilogía algo más, pueden considerarse como una clase de "roman", palabra alemana, lo que no dista mucho de la tradición picaresca que presenta al héroe en su devenir. En la trilogía, Torquemada va cediendo paso a paso ante las pretensiones de su esposa y su cuñada. Desde este punto de vista, Fidela y Cruz tienen para don Francisco un estatuto igual pues cuando se trata de derrochar, las emplea a ambas bajo el rótulo de consortes.

Conoce muy bien su debilidad y se cuida mucho de decir cuáles son sus ingresos, y sin embargo, cualquiera que fuera la intención o el capricho de Fidela se lo cumple. Además, aún cuando quiera oponerle cierta resistencia, debe ceder porque ante los ruegos de Fidela todo pasa a un plano distinto, secundario. No se trata de la tiranía de una esposa sino del verdadero amor conyugal de un esposo. Para eso no basta con pensar en la escena en la que Fidela le está preparando para decirle que iba a hacerse mártir de San Eloy.

Todos los argumentos razonables desaparecen ante las dulces palabras de Fidela. Don Francisco se resiste más bien en virtud de la costumbre pero sabe de antemano que Fidela terminaría saliéndose con la suya. No la teme sino que la quiere. Es decir, posee todavía uno

de los atributos humanos más definitorios como persona. Don Francisco es capaz de amor. En virtud de este amor es capaz de transigir en la medida en que otras personas, otros hombres, nunca habrían transigido: la compra de un palacio, de una colección de pinturas, una legión de criados, etc... Es verdad que en esas cesiones ante Fidela, un papel preponderante lo desempeñan Cruz y Donoso. Pero el caso de ellos es diferente. Ante ellos Don Francisco cede porque comete un error: considera en Cruz y Donoso a la gente culta confundiendo la aristocracia de la sangre con la aristocracia del espíritu.

En Donoso, además de persona "culta", respeta al buen conocedor del intríngulis administrativo. En Donoso respeta al buen conocedor del manejo del dinero. Es decir, se puede notar en D. Francisco el respeto de un profesional ante otro profesional al que considera superior desde este punto de vista. Respeta en Donoso la persona que sabe comportarse en sociedad. Es decir: se trata en Torquemada de la conciencia profesional y además, el respeto a la Ley, a la autoridad, de una manera que puede considerarse civismo.

Y ante el amor, ante la conciencia profesional y el civismo, Don Francisco se siente inclinado a ceder, no por flaqueza sino por el deseo vehemente de mejorar su condición, de completar su educación, de hacerse más persona; es decir, una conciencia perfeccionista, una inteligencia viva y móvil. Eso no bastaría si no pensáramos también en la actitud de Torquemada ante sus dos hijos. ante el primer Valentín, además del natural y entrañable amor paterno, que le hace olvidar su avaricia cuando se trata de su educación, se da también el respeto profundo a la Ciencia. Las Matemáticas llegan a ser para él una suerte de cumbre del saber humano, cumbre ante la cual transige totalmente. Incapaz de comprender las sutilezas de la Religión, es capaz de proponer un contrato con Dios y aun da el primer paso para demostrar su buena voluntad. El usurero avaro se vuelve derrochador para poder conservar lo que quiere: a Valentín.

Su actitud inmediata a la muerte del primer Valentín es la del que ve frustrada una propuesta que considera honrada. Pero el sentimiento moral no podía tenerlo Torquemada porque nadie se había molestado en enseñárselo, ni mucho menos de infundírselo. En el mundo donde había vivido, en el que encarnaba la ley del más fuerte y del más astuto, no había lugar para la moral, noción ésta que habría resultado muy rara.

Lo que sí se daba era lo que eximóricamente podría llamarse honradez amoral. Más aún, al ir cobrando el sentido de las proporciones, casi deja de comportarse como prestamista precisamente cuando se dan los casos del préstamo, como cuando dió el dinero prestado a Matías. Es decir, la usura no lo había alterado hasta convertirla en su razón de ser. Además, al transigir en los casos de los derroches impuestos por la familia, casi casi se da cuenta de que lo que más le duele es, además del trabajo invertido en ese dinero, sus reflejos de joven pobre que tuvo que arreglárselas sólo en la vida.

En el caso de Rafael, Torquemada demuestra aún una generosidad que pocos habrían podido tener. Alberga amistosamente en su casa a un cuñado que le desdénia y ni siquiera le habla. Tiene la esperanza de que las cosas van a arreglarse. Es una apertura al diálogo que le hace parecer más humano que a toda su reciente familia. Todos entraron en su casa por el interés y Torquemada les acoge con cariño. Y hay que notar que, entre él y su familia, es Torquemada quién, a largo plazo, no practica ninguna usura mientras que los otros van haciendo subir continuamente los intereses.

Acabo de mencionar la conciencia perfeccionista de Torquemada. Ante la falta de educación propia, Don Francisco se muestra siempre dispuesto a dejarse guiar y aún educar por personas que cree que le superan por sus conocimientos. Entre Bailón y Gamborena cultiva con este fin la amistad de Zárate y de Cruz, de Fidela, Donoso y aún de Rafael. Don Francisco es el único personaje dispuesto a leer un libro, ora fueran los folletos caóticos de Bailón, ora que fuese el Quijote, y lo hace. En rigor, Don Francisco es el único que, deseoso de una educación muy cuidada, también se la habría merecido, mientras los otros personajes se cuidaron de "eludirla" a pesar de sus posibilidades.

De este modo se plantea un problema: es de preguntarse si verdaderamente era el usurero el personaje más odioso en toda prosa que gira en torno a Torquemada. Es verdad que carece de educación pero ello se debe a la falta de oportunidades, mientras que los otros la rechazaron en mayor o menor medida. Es verdad que no tiene el menor sentimiento moral ni la conciencia de ésto, pero esa falta de sentimiento moral se debe a una carencia, también educativa, de la cual tampoco es culpable, mientras que los otros se burlan de este sentimiento moral a sabiendas de que ése existe o debiera existir.

Entonces, en una comparación entre Torquemada y sus circundantes, hay empate y el mecanismo social general funciona. Eso quiere decir que lo odioso no reside en el personaje sino en el mecanismo social que lo crea y lo ayudó a prosperar. Se trata de una sociedad que finge abogar por una moral en la cual ya no cree. Y lo social ha de crearse también una superestructura que implica asimismo a la Literatura.

Aquí entra de lleno en discusión el problema de la creación literaria bajo el aspecto tan debatido de la verosimilitud. Es decir, ya no podía seguirse el camino de una pseudo-moral que descansaba en pseudo-conceptos o en pseudo principios, determinando de este modo la aparición de una pseudo-cultura, esto es, de una pseudo-literatura.

El problema surge en términos referentes a la definición del realismo de Galdós, más o menos contemporáneo de la llamada novela de Juan Valera. Tal como lo practica también Galdós, el realismo es la selección polifacética de los momentos clave, sin embellecerlos, pero tampoco sin cargar la nota caricaturesca. Lo que ocurre es que, por la selección se produce también una acumulación de rasgos que pueden dar que pensar y por eso la fidelidad puede parecer también una caricatura. El ambiente y las circunstancias parecen de este modo resultar paradójicamente, errores aunque todo concurre a determinarlo todo cuando más realísticamente. Este aspecto polifacético hace que la tipicidad de un oficio como el de usurero se disuelva en la fluidez de las manifestaciones humanas entre las cuales cuentan también las profesionales.

Ya no hay ninguna característica de ninguna profesión. El usurero ya no puede ser un tipo. Es éste el sentido en el cual pensamos que Torquemada resulta atípico. Aquí cabe hablar del concepto que Galdós tenía acerca del realismo. Tal como se advierte, se distancia ante todo del naturalismo, aun del tan templado naturalismo español, mediante la selección de la cual hablamos. Pero esta selección se opera en todos los campos de la expresividad de la realidad, sin caer en la trampa de la opción por ciertas intenciones ideológicas, como los naturalistas.

Por otro lado, también se distancia del realismo que tenía una tradición de práctica tan unilateral como la del naturalismo, pero de más extensas posibilidades en la selección de esta unilateralidad.

Este enfoque galdosiano es, no sólo selectivo sino también móvil. Es por eso que la fluidez de la imagen de la vida, en la novela resulta tan fluida. Además, no hay que olvidar el siempre presente humorismo de Don Benito que hace que la presituación se vuelva un arma terrible aún contra sus propias aseveraciones e ideas.

